

## GUILLERMO DUPAIX Y LOS ORIGENES DE LA ARQUEOLOGÍA EN MÉXICO

JOSÉ ALCINA FRANCH

Para el que les habla es un alto honor haber sido nombrado y recibido como miembro corresponsal de esta Academia, porque se cifra entre los anhelos de cualquier especialista en el campo de las ciencias históricas formar parte de esta docta casa, pero lo es quizás en mayor medida para un "americanista" español que al cabo de treinta y cinco años de dedicación a los estudios del pasado precolombino de América, pero muy especialmente del mundo mexicano, ver así recompensada su labor, no por más modesta menos entusiasta y llena de amor hacia lo que representan en el mundo los valores de las culturas indígenas de esta gran nación.

Al ocuparme en la ocasión presente de "Guillermo Dupaix y los orígenes de la arqueología en México" quiero, por una parte, situarme en el último peldaño de una tradición de ilustres españoles o europeos que bajo los auspicios de la corona española se ocuparon con inteligencia y brillantez de las culturas autóctonas de este país y de los que los nombres más ilustres, por sólo citar algunos, serían Bernardino de Sahagún, Carlos de Sigüenza y Góngora, Lorenzo Boturini Benaduci o Mariano Fernández de Echeverría y Veitia, pero es al mismo tiempo mi deseo destacar en este caso la participación pareja, española y mexicana, en el nacimiento y primer desarrollo de esa disciplina científica que conocemos como Arqueología y en el significado que su aparición tuvo para el desarrollo y reforzamiento de la idea nacionalista e independentista en esta tierra que ha sido y es tan entrañable para España y los españoles.

Debo decir en primer lugar que cualquier incursión en el terreno de la historia de la arqueología mexicana debe contar inevitablemente con la obra fundamental de don Ignacio Bernal quien, desde fechas muy tempranas, ha venido profundizando en el tema, acopiando sin duda como el que más, gran cantidad de datos al respecto. Lo que viene a continuación, por lo tanto, no pretende rectificar en modo alguno lo argumentado por Bernal

en su "Historia de la Arqueología en México" (1979), sino más bien ampliar algunos extremos y enfocar en conjunto el tema de manera relativamente diferente.

La primera cuestión a precisar sería la de cuál es el contenido del concepto que entraña el término de "Arqueología" y cuáles serían los límites de esta disciplina en la época a la que nos vamos a referir principalmente: la segunda mitad del siglo XVIII y los primeros años del siglo XIX. Es evidente que el interés por el "conocimiento de lo antiguo" parece una definición excesivamente amplia y ambigua y nos haría incluir tanto descripciones de ruinas y ciudades del pasado precolombino, como los documentos indígenas, pictográficos o no, de esa época precortesiana o posteriores. En realidad la "Arqueología", tal como se va a definir en la práctica, en el siglo XVIII, empieza a ser una técnica que permite rescatar del pasado objetos y monumentos mediante las *excavaciones*. Si planteamos así la disciplina, todos los aspectos antes mencionados deben descartarse.

La excavación arqueológica, como luego veremos, puede decirse que se inicia con los trabajos de Pompeya y Herculano, desde 1734, y desde esos iniciales trabajos la personalidad y el interés del que llegaría a ser Carlos III viene a constituirse en el espíritu protector de la arqueología y en su principal impulsor, papel que su sucesor Carlos IV asumirá y desarrollará hasta el final de su reinado.

Es en ese sentido en el que podemos considerar a don Carlos de Sigüenza y Góngora como precursor inmediato y casi único de la labor arqueológica, propiamente dicha, llevada a cabo en México antes del siglo XVIII. En efecto, el interés intelectual de don Carlos de Sigüenza y Góngora por las cosas relativas a los antiguos mexicanos no se limitó a la colección y estudio de documentos históricos, actividad ésta en la que destacó sobremanera, sino que lo que en esta ocasión nos interesa precisar de un modo especial es su actividad como verdadero arqueólogo excavador y paleontólogo.

En el testamento de don Carlos de Sigüenza y Góngora (Pérez Salazar, 1928) se habla de que "juntamente se guarde en dicho cajón un pedazo de quijada y en ella una muela que se sacó pocos años ha de la obra del desagüe de Huehuetoca, porque creo es de los que se ahogaron en el tiempo del diluvio" (Delgado, 1960: p. XII). Frente a las insensatas interpretaciones que atribuían a una raza de gigantes los numerosos restos óseos de animales ex-

tinguidos hallados en muchas regiones del Nuevo Mundo, la correcta interpretación de Sigüenza, que nos hace rememorar la acertada hipótesis sobre el origen de los indios del padre José de Acosta en 1590 y que anticipa la idea de la existencia de animales antediluvianos contemporáneos del hombre prehistórico, ya entrado el siglo XIX, nos sitúa al hombre de ciencia que fue don Carlos de Sigüenza y Góngora nada menos que en las postrimerías del siglo XVII.

Pero no fue realmente éste el único atisbo de la participación del sabio criollo en la elaboración de los principios en que se asentaría la todavía no-nata ciencia arqueológica. La atención que prestó Sigüenza al yacimiento de Teotihuacán lo atribuye Ignacio Bernal (1979: p. 48) al hecho de que la familia de Alva Ixtlilxóchitl hubiese señoreado por mucho tiempo en aquella región, pero lo cierto es que tal interés se había concretado en lo que podríamos llamar primera excavación arqueológica del famoso sitio. En efecto, Lorenzo Boturini (1796: p. 42-43), refiriéndose a la pirámide del Sol, nos dice que: "Era este cerro en la antigüedad perfectamente cuadrado, encalado y hermoso y se subía a su cumbre por unas gradas que hoy no se descubren por haberse llenado de sus propias ruinas y de la tierra que arrojan los vientos, sobre la cual han nacido árboles y abrojos. No obstante estuve yo en él y lo hice por curiosidad medir; y si no me engaño, es de doscientas varas de alto. Asimismo mandé sacarlo en mapa, que tengo en mi archivo, y rodeándolo vi que el célebre Don Carlos de Sigüenza y Góngora había intentado taladrarlo, pero halló resistencia. Sábese que está en el centro vacío".

En realidad no se trataba de la pirámide del Sol, sino de la pirámide de la Luna, como ha demostrado Daniel Schávelzon (1982). Pero, pese al fracaso de nuestro autor y las inexactitudes en la interpretación de Boturini, lo interesante del dato es poder comprobar lo avanzado del pensamiento de Sigüenza en relación con la eficacia del todavía incipiente método arqueológico, para resolver determinados problemas históricos cuya solución no se hallaba en los papeles, de los que en tanta abundancia había recopilado en su colección.

Si la perforación de la pirámide de la Luna en Teotihuacán es de 1675 tendrían que pasar todavía 50 años hasta que se practicasen nuevas y muy importantes excavaciones, esta vez en el Viejo Mundo: las de Pompeya y Herculano en el reino de las Dos Sicilias y bajo los auspicios del príncipe Carlos, hijo de Felipe V

y futuro rey de España, las que deben considerarse como las primeras excavaciones arqueológicas que con carácter científico se hicieron en el mundo.

En el año 79 de la Era Cristiana se había producido una de las más grandes y terribles erupciones que se conocen del Vesubio. Cenizas y lavas cubrieron total o parcialmente las ciudades de Stabia, Pompeya, Oplonte, Resina, Herculano, Tegiano, Tauramia, Villejo, Cosa y Veseris. Salvo breves saqueos practicados en 1592 por el conde de Sarno, Mucio Tutta-Villa, y un siglo después por José Macrini, nada se supo de aquellas ciudades hasta 1713 en que un trabajador de Portici, excavando en un pozo, encontró bajo su pico varios fragmentos de mármol, un pequeño templo y algunas estatuas. El príncipe d'Elbeuf, de quien eran las tierras, regaló las estatuas al príncipe Eugenio de Saboya, continuando por algún tiempo en la labor de saqueo así iniciada. Pero viendo el rey Carlos que según todas las noticias antiguas aquéllas ruinas podrían ser parte de las dos ciudades de Pompeya y Herculano, cuya situación era: la primera hacia la Torre del Greco y la segunda entre ésta y Nápoles, creyó que era necesario todo el poder y medios de un soberano para hacer con utilidad esta descubierta que tanto podría interesar a la literatura y a las artes y así, satisfaciendo al príncipe sus gastos y comprando el terreno, emprendió a toda costa la excavación (Gutiérrez, 1898.I: p. 102).

El comienzo de las excavaciones en varios de los lugares antes mencionados tuvo lugar entre 1734 y 1738 interviniendo como primeros arqueólogos "oficiales" los ingenieros españoles Roque Joaquín de Alcubierre y Juan Antonio Medrano. El primero tuvo bajo sus órdenes al suizo Carlos Weber y a su muerte, en 1764, a Francisco de La Vega; el segundo "entendió en el aposentamiento Real en la campaña para la conquista de Nápoles y Sicilia y bajo su dirección se realizaron las excavaciones de las grutas o minas del teatro Antiguo de Resina" (Danvila, 1894, vi: p. 387). El ingeniero Alcubierre tuvo que retirarse temporalmente por enfermedad en 1761, siendo sustituido por el también ingeniero Pedro Bardet. Durante esos años trabajaron como sobrestantes o cubriendo funciones diversas José Boncompaño, José de Córcores y Miguel Moragas; como interventor Felipe Díez de Avila y como ingeniero voluntario Felipe de Alcubierre.

Los trabajos arqueológicos se prolongaron desde 1743 a 1749 en varios lugares simultáneamente: en Gagnano o Verano de

Castelmar; llamada la antigua Stabia, en la Torre de la Anunciativa, en la antigua Pompeya y también en el lugar de la antigua Herculano. Los hallazgos fueron tan abundantes y su calidad tan grande que en 1750 se hizo relación de todos los descubrimientos, ordenando a continuación el rey don Carlos que se formase en su Palacio de Campo de Portici, un museo que sin duda es el primer museo de sitio que se haya hecho en el mundo (Gutiérrez, 1898, I: p. 103). Para organizar y dirigir ese museo el monarca designó a don Camilo Paderni "bajo cuya inteligente dirección se publicó en Nápoles en la Imprenta Real en 1755 el *Catálogo degli antichi monumenti dissotterrati della discoperta citta di Ercolano, etc. etc., composto esteso de Monsignor Ottavio Antonio Bayardi*".

Durante los años siguientes hasta 1759 en que don Carlos se trasladó a Madrid para ser coronado rey de España como Carlos III, las excavaciones de Pompeya, Herculano y Stabia prosiguieron activamente bajo la inteligente dirección de Alcubierre quien seguiría con esa tarea a su cargo hasta 1780, en que ocurrió su fallecimiento.

Como puede apreciarse por lo dicho, los trabajos arqueológicos emprendidos en el área del Vesubio representan una organización tan compleja como la de cualquier proyecto de naturaleza semejante desarrollado en nuestro tiempo. De ese mismo género serían también las publicaciones. Don Carlos de Borbón "ordenó al marqués de Tanucci, secretario de Estado, que reuniese los más eruditos anticuarios y publicasen las descripciones de todos los objetos encontrados. Reuniéronse, con efecto, los hombres más eminentes en las ciencias históricas y sus auxiliares y, en 1757, se publicó en Nápoles el tomo 1º de la edición regia intitulada: *Le pitture antiche d'Ercolano e contorne inciso con qualche spiegazione*; en 1769, 1762 y 1765 se publicaron los tomos 2º 3º y 4º de la edición regia, referentes a las pinturas antiguas; en 1767 y 1771, el 5º y 6º que detallaban los bronceos encontrados y en 1779 al 7º que era el 5º de pinturas (Davila, 1894, vi: p. 388).

Se sabe por testimonios de Onofri que cuando don Carlos de Borbón residía en el palacio Portici "visitaba los talleres de restauración, contemplaba el trabajo de los artífices y reiteradamente decía: Yo estoy grandemente obligado al Vesubio, porque me ha conservado por espacio de tantos años este gran tesoro". Era tanto su interés por estas excavaciones que siendo ya rey de España, en las cartas que Tanucci semanalmente le escribía, dedicaba su

último párrafo a enumerar los objetos encontrados, detallando hasta sus dimensiones. (Davila, 1894, vi: p. 388).

El amor por las bellas artes y en especial por las antigüedades que se despierta y afianza en los años transcurridos en Nápoles en el ánimo de don Carlos de Borbón es, en mi opinión, responsable en gran medida del nacimiento y desarrollo de la arqueología en general y particularmente de la arqueología del Nuevo Mundo. Pero no podemos hacer tal afirmación sin tener en cuenta el significado del espíritu y la ideología de la ilustración en la personalidad de Carlos III y en el mundo metropolitano y colonial de su tiempo.

Cuando Carlos de Borbón es coronado rey de España es ya un hombre maduro cuyo pensamiento, formado en la ideología francesa de la Ilustración, se reforzará al llegar a España con la participación de colaboradores italianos como Esquilache y Grimaldi, o peninsulares como Aranda, Campomanes y Floridablanca. En ese marco reformador y modernizador de la monarquía borbónica, el papel concedido a las Ciencias Naturales es ciertamente protagonista sin embargo, junto a ellas, al principio como un apéndice, pero muy pronto con un valor sustantivo, se descubrirá el papel del estudio de las antigüedades, que, como vamos a ver de inmediato, tiene un significado mucho más trascendente en el mundo americano y especialmente en el desarrollo del espíritu pre-independentista de la Nueva España.

Por último, la expulsión de los jesuitas, intencionalmente o no, vino a favorecer la expansión en tierras americanas de las modernas tendencias filosóficas que, ante la ausencia de la Compañía, que había constituido una verdadera muralla defensiva de los principios tradicionales del poder colonial, avanzaría de manera fulminante entre los miembros de la minoría intelectual de la colonia. A ello contribuirían también los propios jesuitas exiliados en Europa, quienes "heridos por la injusticia de su destierro comenzaron a señalar los defectos del gobierno central y luego el derecho de los americanos a reclamar su independencia y a gobernarse por sí mismos" (Alvarez, 1958: p. 152).

En el terreno de las Ciencias Naturales es bien sabido que "el siglo XVIII fue la gran época de los viajeros, los coleccionistas y los clasificadores. La idea de la clasificación surgió de la necesidad práctica de ordenar las plantas en los jardines botánicos, las colecciones en los gabinetes y, tal vez más todavía, de preparar e imprimir los catálogos" (Bernal, J.D. 1979: p. 613). De ese in-

terés nacerá en particular la creación del Jardín Botánico de México y el Museo de Historia Natural en 1790 (Bernal, I/1979: p. 60), pero en realidad todo ello deriva de la creación de un Gabinete de Historia Natural en Madrid, en fecha relativamente temprana.

En efecto, Antonio de Ulloa, después de haber participado con Jorge Juan en la expedición científica dirigida por Charles de La Condamine al reino de Quito (1735-42) y de haber realizado un extenso viaje por Europa, propone al rey Fernando VI, en un razonado escrito de 1752, la creación de un Gabinete de Historia Natural para fomentar los estudios de mineralogía, botánica y zoología, por entonces muy abandonados, "por el gran provecho que habrían de reportar al país" (Solano 1979, p. 225, nota 3). Se creó el Gabinete y se puso al frente de él a don Antonio de Ulloa, teniendo como auxiliar a don Eugenio Reigosa.

Sin embargo, "grandes dificultades debieron salir al paso de Ulloa en esta empresa, cuando a pesar de sus intenciones y entusiasmos por ella se decidió a presentar en 1755 la dimisión de sus cargos con carácter firme. Sin duda en las altas esferas debió de notarse la falta de interés por el establecimiento del Gabinete" (Barreiro, 1944: p. 3). Tras la dimisión de Ulloa, el Gabinete siguió languideciendo, primero bajo la dirección de Eugenio Reigosa y después bajo la de su hijo Francisco, hasta que en 1764 se intentó levantar al gabinete de su postración incorporando las colecciones de José de Quer, primer profesor del Jardín Botánico de Madrid. Al año siguiente "se ordenó fuesen puestos a disposición del Primer Ministro Enrique Florez todos los ejemplares del Gabinete que quisiese elegir con destino al de S.A. el Príncipe de Asturias (...). Así terminó aquella fundación comenzada con tan buenos auspicios y de la cual esperaba Ulloa tan copiosos frutos para el desarrollo de la Historia Natural en España" (Barreiro, 1944: p. 4-5).

Por esos mismos años, se funda el Jardín de Plantas o "jardín medicinal" de Madrid (1755) y muy poco tiempo después de aquel final del primer Gabinete de Historia Natural, un caballero oriundo de Guayaquil, en el reino de Quito, don Pedro Franco Dávila, que durante años residía en París (1740-1771) ofrece en venta al rey de España su colección de piezas de historia natural y antigüedades. Franco Dávila había reunido en su gabinete no sólo una gran cantidad de ejemplares mineralógicos, botánicos y zoológicos, sino un buen repertorio de bronce, vasos de tierra

cocida, medallas, miniaturas, cuadros, ídolos, etcétera (Barreiro, 1944: p. 7). El catálogo, editado en París en 1767, sirvió de base para la oferta, la cual pese a estar bien informada por el padre Florez, no se adquirió en aquel momento, sino años después, en 1771, siendo condición la de que el propio Franco Dávila fuese el director del gabinete de por vida (Barreiro, 1944: p. 8-10).

El Gabinete se creó por Real Orden de 25 de julio de 1774, instalándose provisionalmente en el edificio de la Real Academia de Nobles Artes, de la calle de Alcalá, mientras se construía un edificio idóneo que debió ser el actual Museo de Pintura del Paseo del Prado. La inauguración se verificó, finalmente, "el 4 de noviembre de 1776, fiesta onomástica de Carlos III y se franquearon al público las puertas del nuevo Centro de Cultura que fué designado con el título de "Real Gabinete de Historia Natural", ordenándose también que se hiciese lo mismo los lunes y jueves de cada semana" (Barreiro, 1944: p. 14 y Amador de los Ríos, 1864, iv: p. 203-66).

En el *Catálogo* de Franco Dávila de 1767 se calificaban de "curiosidades de Arte" lo que hoy llamaríamos objetos arqueológicos incluyendo: "Primero trajes, utensilios y armas de diversos pueblos antiguos y modernos. Segundo, adornos, vasos de ágata, de cristal, de jaspe, de alabastro, etc.; trabajos en conchas y nácar y porcelana de China. Tercero: modelos, instrumentos de matemáticas, física, etc. Cuarto, piedras antiguas y modernas con inscripciones. Cinco, varios bronceos antiguos, bustos, bajorelieves y medallas, y Sexto, numerosos cuadros, miniaturas, pinturas esmaltadas, acuarelas y dibujos originales ejecutados por hábiles artistas" (Barreiro, 1944: p. 12).

El interés que despertaban las "Antigüedades" o los aspectos culturales de las poblaciones indígenas, especialmente las de la Nueva España, se pone de manifiesto en el *Cuestionario* que de orden del rey redacta el ya mencionado Antonio de Ulloa, en las mismas fechas en que el Gabinete iniciaba su nueva andadura, y respondiendo, sin duda, a un mismo interés científico (Solano, 1979: p. LIII-LVIII). Por su valor específico en relación con el tema que nos ocupa, reproducimos a continuación la parte del cuestionario relativo a *Antigüedades*.

"Uno. Las Antigüedades dan luz de lo que fueron en los tiempos más remotos y por ellas saca el conocimiento del aumento y disminución que han tenido: con este motivo se procura in-

- vestigar lo conducente a su averiguación, dando noticia de los vestigios que permanezcan en algunos parages.
- “Dos. Estas noticias serán de las ruinas de Edificios antiguos de la Gentilidad de cualquier materia que sea; de las paredes, cercas, muros, zanjas o fosos; de los entierros o sepulturas; de los Adoratorios o Templos; de las casas o chozas que habitaban con expresión de sus figuras, capacidades, entradas y distribuciones internas.
- “Tres. De las Vasijas usuales para todo género de servicio, de barro o de otras materias.
- “Cuatro. De las Herramientas para cultivar la tierra hechas de piedra, de cobre, de huesos de animales, o de maderas recias.
- “Cinco. De Las Armas, como Arcos, Flechas, Lanzas, Dardos, Ondas, etc. con sus nombres según se conservase la noticia en la Lengua,
- “Seis. De los Digecillos, o Idolos igualmente de distintas materias y de toda suerte de piezas usuales.
- “Siete. De los adornos, divisas o insignias que usaban los antiguos Indios, y ésto como lo antecedente, se encuentra en sus sepulcros o entierros.
- “Ocho. Generalmente de todas las cosas que indican ser de aquella antigüedad, pues no es estraño verse en los mismos sepulcros de otras especies, y aún algunos retazos de texidos de Pita que indican ser de los ropajes que usaban.
- “Nueve. Asimismo, se dará noticia de los trajes modernos que usan los indios, así hombres, como mujeres, y la materia de que son hechos”. (Solano, 1979: p. CXLVIII).

El Gabinete de Historia Natural venía a ser pues, la institución matriz a partir de la cual el rey esperaba reunir las mejores colecciones tanto del mundo de la Naturaleza, como de las Antigüedades de los territorios americanos. “Su Majestad —dice Gutiérrez de los Ríos— ha mandado orden a todos los gobernadores de la América y de todas sus posesiones ultramarinas para que envíen cuanto haya en ellas de raro y ha hecho partir naturalistas instruidos a hacer colecciones, de modo que con la continuación de este método, podrá ser el mejor gabinete del mundo, y lograr también igual ventaja el Jardín Botánico que ha hecho establecer en Madrid, fabricando para mayor utilidad de las ciencias, una casa para Academia de ellas, un observatorio y todo lo necesario”

(Gutiérrez de Los Ríos, 1892.II: p. 26-27; Ferrer, 1986, ivs p. 494; Barreiro, 1944: p. 13).

Las expediciones científicas promovidas y patrocinadas por la corona hacia diferentes regiones del Nuevo Mundo, durante la segunda mitad del siglo XVIII, fueron muy numerosas (Solano, 1984) y tenían propósitos muy diferentes: botánicas, geológicas o de interés general. Sus colecciones vendrían a parar al Real Gabinete de Historia Natural, pero, con independencia de estas partidas, el Gabinete se enriqueció en esa misma época con la recepción de numerosos y diversos objetos remitidos desde los más apartados rincones de los reinos de Indias.

Tenemos constancia de varios envíos de virreyes del Perú, consistentes en cerámicas, piedras y lanzas enviadas en 1765; en una macana y otros objetos en 1770; en un peine proveniente de un enterramiento del Cuzco y, en 1788, una serie de textiles y sombreros de plumas que el virrey LaCroix mandó por medio del botánico Pavón (Archivo de Indias, Diversas copias de 1880 en el Museo Arqueológico Nacional). Un misionero mandó del Perú, en 1785, un vestido indio de los Andes y otros adornos de los Cholono, en las montañas de Trujillo (Archivo del Real Gabinete. Copias de 1879 en el Museo Arqueológico Nacional); otro eclesiástico envió, en 1779, un pendiente encontrado en un enterramiento (Archivo del Museo de América). También de Perú, Américo Pini ingresó en 1774 un arco y flechas encontradas en la isla de Ocotegui, mientras la marquesa de Rocafuerte mandó un pendiente precolombino (Archivo del Real Gabinete y Archivo de Alcalá, respectivamente. Copias de 1779 y de 1788 en el Museo Arqueológico Nacional) Juan de Cuéllar envió en 1789 unas cañas para hacer lumbre y M.le Giraldaís, en 1778, un hacha, y en 1789 llegaron del Perú armas de los conquistadores (Archivo del Museo de América).

Desde Guayaquil, y en 1789, don Ramón García envió dos asientos de piedra de los indios de la gentilidad (Archivo de Indias. Copia de 1880 en el Museo Arqueológico Nacional Cabello, 1983: p. 118-19); ese mismo año remitió desde Perú don José Pavón "una caja con armas de los conquistadores del Perú, es decir, de los Incas" (Barreiro, 1944: p. 32).

De 1793 es una valiosa y original donación de la propia reina doña María Luisa para el Gabinete. Entre los objetos de la donación figuraba "un pedazo de piedra que viene con nombre de *piedra de rayo* y que es una especie de basalto a que dan en

el Perú el nombre de *chaya* y en México el de *Yztli*, del cual hacían los indios las puntas de lanzas, cuchillos y también lancetas". Además de esas piezas había "varios ídolos de tierra cocida, cuatro vasos de ídem, vulgo guaqueros, por hallarse en los sepulcros llamados en América *Guacas* y por último, dos hachas de piedra" (Barreiro, 1944: p. 55-56), Ese mismo año don José Pavón remitió al gabinete un envío de numerosos ejemplares de mariposas y otros objetos, "además de utensilios, armas y artefactos de los indios antiguos y modernos" del Perú. (Barreiro, 1944: p. 56).

Con independencia de los viajes científicos a que nos hemos referido más arriba y de los envíos más o menos cuantiosos destinados al Gabinete de Historia Natural y Antigüedades que acabamos de reseñar entre los años 1771 y 1808, la actividad arqueológica en diversos lugares de América es verdaderamente intensa y representa, sin lugar a dudas, el esfuerzo más considerable para conocer "científicamente" el pasado precolombino a través de los monumentos y evidencias recogidas directamente en el terreno y documentados concienzuda y precisamente a través de centenares de dibujos y acuarelas, etcétera, además de las muestras de objetos que se remitieron a España para que figuraran entre las colecciones del Gabinete.

A este propósito es conveniente destacar, aunque ello no puede sorprender a nadie, que tal esfuerzo intelectual pionero, que para mí representa el fundamento principal de la Arqueología como actividad científica moderna, es ignorado sistemáticamente por un historiador de la arqueología tan conspicuo como el británico Glyn Daniel (1974), o queda reducido a tan sólo los nombres de Diégo García de Palacio y Guillermo Dupaix en el libro de Gordon R. Willey y Jeremy A. Sabloff (1977). Para unos y otros sólo cuentan los autores anglosajones.

Corresponde a los primeros años del reinado de Carlos III, época en la que el pensamiento del monarca Borbón todavía seguía anclado en la dulce Nápoles, la prosecución de las excavaciones de Herculano, Pompeya y Stabia y la publicación de las primeras memorias arqueológicas de dichos trabajos de excavación (1759-1777) y cuando se inician importantes tareas en Perú y en México. En 1760 ocupaba el cargo de corregidor de Trujillo, don Miguel de Feijóo de Sosa. De ese y los años siguientes es una *Relación descriptiva de la Ciudad* que dedica a Carlos III (Feijóo, 1763) en la que se hace referencia a "restos de enormes templos y ras-

tros de vastas obras de ingeniería, algunas de las cuales todavía traían agua de las montañas" (Hagen, 1966: p. 21). El resultado material de los trabajos de Feijóo de Sosa, no llegaría a Madrid hasta el 17 de junio de 1771 en que "Carlos III de España fue convocado en las habitaciones que contenían su *Gabinete de Historia Natural y Antigüedades* para inspeccionar unas cajas que acababan de llegar del Perú. Estas cajas contenían los restos de alguien que, como él, había sido Rey... Además de esto había un bastón de madera, debidamente tallado, que Carlos III identificó como una guirnalda de plantas alegóricas sostenido por las manos de un Dios del Maíz. Un abanico de plumas y unos carretes de orejas delicadamente forjados en oro formaban parte del tesoro, además de un gran número de vasijas en forma de efigie, maravillosamente logradas, que representaban gráficamente las vidas de las gentes que este hombre había gobernado en tiempos remotos (Hagen, 1966: p. 20).

La continuación de los trabajos llevados a cabo en la región de Trujillo por Feijóo fue la misión encomendada a don Baltasar Jaime Martínez Campañón, quien como obispo de Trujillo dirigió una investigación de la que se ha conservado la documentación gráfica: unas 1 400 aguadas y los objetos arqueológicos remitidos a Madrid.

Los 1 400 dibujos de la colección se conservan encuadrados en nueve volúmenes en la Biblioteca del Real Palacio de Madrid y pese a que viene a ser la ilustración de la visita pastoral (1782-85) de Martínez Campañón, nunca se conservó el texto. Aunque la colección es de un valor e interés múltiple, el tomo noveno se ha dedicado a cuestiones específicamente arqueológicas (Ballesteros, 1935 y 1948; Oberem, 1953 y Martínez Campañón, 1978). Resultado de las excavaciones llevadas a cabo por el propio obispo o por otras personas, pero por encargo suyo, fue una serie de 24 cajones, conteniendo unas 600 piezas (Rada, 1884: p. 238), que llegaron a Madrid en 1788. La colección de cerámica Mechica y Chimú remitida por Martínez Campañón al Gabinete de Historia Natural es, sin duda, la primera colección de cerámicas precolombinas remitida a Europa y una de las colecciones más importantes de cuantas se conservan en los museos etnográficos del mundo.

Para esas mismas fechas sabemos que el interés por la arqueología también empieza a dar muestras de su existencia en la Nueva España. En 1773 Ramón Ordóñez y Aguiar organiza la primera

expedición para visitar las ruinas de Palenque; en diciembre de 1777 José Antonio Alzate, con ocasión de un viaje a Cuernavaca, explora las ruinas de Xochicalco sobre las que escribiría una preciosa memoria ilustrada que se publicaría más tarde (Moreno, 1980: p. 34 y Alzate, 1791).

Por los años a que nos estamos refiriendo, es decir los finales de la década de los setenta del siglo XVIII, se habían publicado en Berlín y en Londres dos libros que darían mucho que hablar y que provocarían reacciones importantes tanto en la metrópoli como en los virreinos: se trataba del libro de Cornelius de Pauw (1768) sobre los "americanos" y la *Historia de América* de William P. Robertson (1777). Ambos venían a responder, en cierto modo, a los presupuestos generales de una "leyenda negra" anti-española en la que para demostrar la pequeñez de la Conquista hispana se optaba por minimizar y despreciar el valor de las culturas indígenas sojuzgadas. El error de esos autores y de otros que desde Europa, e incluso en el marco de una ideología progresista y racionalista como era la del Enciclopedismo, y sin un conocimiento adecuado de lo que era América en aquel momento, escribían sobre este continente, residía en que lo hacían como si no hubiesen pasado doscientos años desde el comienzo de las famosas diatribas.

En efecto, cuando el espíritu de la Ilustración ya había penetrado y muy profundamente en la Nueva España e incluso en la Capitanía General de Guatemala, cuando la sociedad criolla estaba elaborando los esquemas mentales que les llevarían a la Independencia de la metrópoli, pocas décadas después, y en los que el componente nacionalista se reforzaba precisamente con el ensalzamiento de las culturas indígenas, puede imaginarse cuál iba a ser la reacción de muchos de los mejores intelectuales de la época ante los escritos de Robertson y Pauw.

Así, el ya citado José Antonio de Alzate en la monografía sobre Xochicalco (1791), y refiriéndose a esos autores, considera, en relación a los indígenas mexicanos, que "los negros y viles colores con que por lo regular nos los pintan los Autores Extranjeros, me movió hace algunos años a indagar su origen, sus usos y costumbres y, en una palabra, todo lo concerniente a sus Artes, Ciencias, etcétera". (Alzate, 1791: página 1 de la dedicatoria, citado por Bernal, 1979: p. 73).

Por su parte, los miembros de la Sociedad Económica de Amigos del País de Guatemala "publicaron numerosos artículos sobre

las antiguas culturas indígenas que se veían adornadas de una dosis de razón y de virtud mucho más elevada que en los otros pueblos de la antigüedad y en todos ellos se especificaba como finalidad la demostración de los errores de Pauw, “el menos juicioso de los que han escrito sobre los indios” (Luque, 1962: p. 148).

No era más juicioso William Robertson quien afirmaba que “las culturas americanas relatadas por los cronistas españoles desde el siglo xvi, eran puras fantasías y que los indígenas eran ‘gentes bárbaras que no poseen la idea y el progreso en arte e ingenio’”, concluyendo por ofrecer una imagen cabal de su profunda ignorancia, al afirmar: “ni los mexicanos ni los peruanos merecían incluirse dentro del grupo de naciones civilizadas” (Hernández, 1980: p. iv-v).

Aunque no puede decirse que el encargo hecho a Juan Bautista Muñoz en 1779 para que escriba una *Historia del Nuevo Mundo* sea una consecuencia de la publicación de la *Historia* de Robertson, la tarea en conjunto, como Cosmógrafo Mayor de Indias, como recopilador de la Colección de su nombre en la Academia de la Historia, como creador del Archivo de Indias y autor de esa “Historia del Nuevo Mundo”, viene a estar en la línea de dar respuesta “nacional” a las opiniones contrarias a la actuación de la nación española en Indias, por parte de las otras naciones europeas.

En la labor recopiladora de documentos indígenas mexicanos la tarea realizada por Sigüenza, Boturini y Veitia vino a proporcionar a Muñoz la mejor colección de esos documentos y aunque muchos no pasaron en esa ocasión a España, algunos otros sí, y hoy se conservan en la Biblioteca del Real Palacio o en la Academia de la Historia.

Muñoz tuvo que ver, sin duda, con muchas de las actividades estrictamente arqueológicas llevadas a cabo durante el reinado de Carlos III en diversas regiones de América y su incorporación al Gabinete de Historia Natural del Rey venía a representar lo mismo que la reunión de materiales manuscritos en las colecciones antes citadas.

Si unimos los cabos sueltos se observa una enorme coherencia, un plan bien ideado para acumular la mayor cantidad de información en relación con América, ya fuesen las culturas indígenas—códices, láminas de monumentos, objetos de diferentes materiales—, ya fuese el testimonio de la actividad de los españoles

durante el periodo de conquista y colonización del continente americano.

Los años 1784 a 1786 representaban una gran concentración de descubrimientos y actividades de carácter arqueológico en el territorio de la Nueva España y Capitanía General de Guatemala. El 12 de julio de 1785 en su famosa *Gazeta* el incansable José Antonio Alzate publicaba un escrito describiendo la que iba a ser famosa pirámide de los Nichos de El Tajín. "A fines de marzo del presente año de 1785 —dice Alzate— Diego Ruiz. . . entre un espeso bosque halló un edificio en forma piramidal con cuerpo sobre cuerpo a manera de una tumba hasta su cima o coronilla. Por la cara que mira al oriente, tiene una escalera de sillería, como lo es toda la del edificio, cortada a regla o escuadra, cuya escalera se compone de cincuenta y siete escalones descubiertos, conociéndose efectivamente que otra gran porción de escalones están subterráneos siguiendo su natural descenso sobre la maleza y broza del terreno" (Cita de Bernal, 1979: p. 73-74). Esta era la primera descripción de la pirámide y la primera información específica sobre arqueología de Veracruz, en la que Alzate seguiría un tratamiento semejante al de la descripción de la pirámide principal de Xochicalco.

Por estos mismos años se iban a iniciar los trabajos exploratorios de otra famosísima ciudad arqueológica, esta vez en el área maya; la de Palenque. Sin embargo, las primeras noticias sobre las ruinas de este sitio arqueológico se remontaban a 1740. Casi contemporáneamente a las primeras excavaciones de Herculano, Pompeya y Stabia, el cura de Tumbalá, Antonio de Solís, junto con sus sobrinos y hermanos, localiza, en medio del bosque, unas "casas de piedra" en terrenos del pueblo de Palenque. "Tanto el beneficiado como su familia quedaron asombrados de la arquitectura. Uno de los niños conservó vivo este recuerdo y cuando años después fue a estudiar a Ciudad Real (hoy San Cristóbal Las Casas) contó a un compañero las maravillas que había visto. Este estudiante, Ramón Ordóñez y Aguiar, al llegar a hombre y ordenado sacerdote se apasionó por las antigüedades" (Bernal, 1979: p. 80).

En 1773 Ordóñez y Aguiar organiza una primera y pequeña expedición para visitar las ruinas, de cuya visita la única consecuencia positiva resulta el hecho de que José Estachería, gobernador de Guatemala, fue informado de la existencia de tales ruinas y casi de inmediato encomendó a José Antonio Calderón que re-

dactase un informe. La permanencia de Calderón en Palenque fue de solamente tres días y su informe, fechado el 15 de diciembre de 1784, aunque mediocre en conjunto y acompañado de dibujos de muy mala calidad, es interesante porque es la primera descripción de carácter arqueológico de estas ruinas. En ese informe se habla de 215 casas arruinadas y se añade una fantástica atribución de tales construcciones a Roma, basándose en el hecho, para Calderón cierto, de que los adornos de los edificios eran similares a los romanos. (Bernal, 1979: p. 80-81).

El propio gobernador Estachería envió al año siguiente al arquitecto Antonio Bernasconi para que elaborase un nuevo informe. Este informe, fechado en agosto de 1785 (Bernasconi, 1946) fue remitido al rey Carlos III, quien, muy complacido por los hallazgos descritos, aprueba todas las medidas adoptadas hasta entonces en carta de 1º de marzo de 1786. Comprobamos con ello que, ya muy próximo a su muerte, el entusiasmo del rey por las antigüedades, ya fuesen romanas como mexicanas o peruanas, seguiría siendo tan fuerte como hacía cincuenta años atrás.

Es importante destacar el hecho de que la noticia del hallazgo de Palenque es comunicada a Juan Bautista Muñoz quien, como antes decíamos, viene a ser el centro de todo este enorme plan de rescate histórico y arqueológico dirigido a servir de base para la redacción de la nueva "Historia de América" que se proyectaba. Muñoz no sólo se percató de la importancia del sitio, sino que pide en informe de 7 de marzo de 1786 se realicen una serie de investigaciones "haciendo puntual descripción y dibujos de las figuras, los tamaños y cortes de piedra y ladrillos y adobes con particularidades en los llamados arcos y bóvedas. Y vengan justamente pedazos de yeso, mezcla, estuco, ladrillos cocidos o crudos, ollas y otros cualesquiera utensilios o instrumentos que se hallen; haciendo excavaciones donde mejor pareciere". (Muñoz, 1946: p. 43, citado por Bernal, 1978: p. 81).

El tercer paso en el proceso de descubrimiento de Palenque, corresponde a la comisión que se encomendó el 20 de marzo de 1787 al capitán de artillería Antonio del Río a quien se le proporcionó un dibujante, Ricardo Almendariz, con el fin de que el informe fuese convenientemente ilustrado. (Cabello, 1985: p. 30).

El informe de Antonio del Río es sin duda el más interesante de todos los que se han producido en esos años (1784-87) en relación con Palenque y el que ha alcanzado una mayor difusión.

La primera edición del informe se hizo en Londres, mediante una traducción no muy correcta (Río, 1822) que tuvo, sin embargo, la virtud de dar a conocer al público culto de Europa la primera información sobre una ruina americana, en concreto maya, lo que les incitaría seguramente a proseguir las exploraciones en ese territorio —Stephens y Catherwood, Waldeck, Charnay, etcétera, abriendo así una nueva época en la investigación arqueológica del Nuevo Mundo. La primera edición en español se debe al esfuerzo personal del doctor Manuel Ballesteros (Ríos, 1939), pero la circunstancia del final de la guerra civil española y el escaso número de ejemplares, de esta edición, impidió su difusión, siendo más conocida la que hizo Castañeda Paganini (Ríos, 1946). En fecha reciente se ha hecho una nueva edición cuyo mayor interés reside en el hecho de que muchos de los dibujos tienen una correspondencia o paralelo en las piezas —conservadas ahora en el Museo de América— que se remitieron a Madrid después de la visita (Caballero, 1985).

El trabajo de Antonio del Río, a pesar de los escasos medios disponibles y su ninguna experiencia, incluyó una excavación en que no quedó “quarto, sala corredor, patio, torre, adoratorio y subterráneo en que no se haya hecho excavaciones de dos o más baras de profundidad” (Cabello, 1985: p. 31). Además, Antonio del Río recogió una serie de “muestras” que remitiría en mayo de 1789 a la Secretaría y Despacho de Gracia y Justicia, de donde pasarían al Real Gabinete de Historia Natural. Se trataba de “tres cajones de ladrillos, relieves, fragmentos de figuras y otros objetos extraídos de unas ruinas de la provincia de Chiapas —Palenque— y remitidos por el Presidente de Guatemala, con más un arco y varias flechas usadas por los indios *lacones* —Lacandonnes— habitantes de la serranía en que estaba enclavada la extinguida población” (Barreiro, 1944; p. 30).

Gran parte de los objetos remitidos por Antonio del Río, y actualmente conservados en el Museo de América de Madrid, entre los que figura la famosa “Estela de Madrid” y algunos fragmentos de estucos, glifos, etcétera, han sido identificados por Paz Cabello (1983: p. 122-24 y 1985). Lamentablemente, todos estos objetos llegaron a Madrid cuando ya Carlos III, fallecido en 1788, no los podía contemplar y admirar.

En el mismo informe de Antonio del Río se hace referencia al descubrimiento, aunque no indica la fecha, de las ruinas de Uxmal. Dice así el informe de Del Río: “Esto, además, lo demuestra

la uniformidad y similitud de sus edificios según el informe circunstanciado que me dio el Reverendo Padre Fray Thomas de Sosa, religioso Franciscano, combentual de Mérida que siendo hace muchos años colector de la misma; destinado a la Casa Santa de Jerusalén, ha corrido con este motivo repetidas veces la provincia y habiendo llegado al Palenque con el mismo, juzgó conveniente extractar su relazón concebida en los siguientes términos. A distancia de veite leguas de la Ciudad de Mérida hacia el medio día, entre el Curato que llaman *Mona* y *Ticúl* y el Pueblo *Nohcacab* se encuentran edificios de piedra arruinados por la mayor parte, exceptuando uno muy grande que aún se conserva existente contra las injurias de los tiempos. Este a quien dan los naturales el nombre de Uxmal tendría de frente por cada lado como doscientas varas, situado sobre una altura de veinte. . .” (Cabello, 1985: p. 32-33).

Aunque la muerte del monarca Carlos III representa, en mi opinión, el final de una época brillante en la etapa fundacional de los estudios arqueológicos americanos, y especialmente mexicanos, dos años después de su desaparición, en 1790, se produce uno de los descubrimientos arqueológicos más sensacionales del siglo, el de las “dos piedras”: la estatua de Coatlicue y el Calendario Azteca.

El 13 de agosto de 1790 al excavar un drenaje en la Plaza de la Constitución de México apareció la estatua de la Coatlicue, que fue trasladada por orden del virrey Revillagigedo a la Real y Pontificia Universidad. Reenterrada y descubierta en 1804 para que la pudiera contemplar Alejandro de Humboldt, pasaría finalmente, en 1886, al Museo de la calle de la Moneda. Ese mismo año de 1790 sería descubierto, bajo el piso del Zócalo, el llamado Calendario Azteca, famoso monolito de 24 toneladas que permaneció hasta 1885 empotrado en el muro exterior de la catedral. Estas dos piedras dieron lugar a la que sin duda es la primera monografía extensa de carácter arqueológico publicada en México: la obra de Antonio de León y Gama (1792 y 1832). Ignacio Bernal refiriéndose a las dos famosas piedras afirma que “si su hallazgo fue casual, no fue un accidente el cambio de actitud en el gobierno virreinal. El virrey, conde de Revillagigedo, ordenó que se conservaran en vez de ser destruidas, como hubiera ocurrido algunos años antes. El cambio traslucía la influencia de las ideas de Carlos III y de algunos de sus consejeros” (Bernal, 1979: p. 75).

Es curioso comprobar cómo dos de los personajes más destacados en esta etapa de la arqueología mexicana, José Antonio Alzate y Antonio de León y Gama protagonizaron una agria polémica. Las críticas publicadas por Alzate en relación a la primera versión de la *Descripción Histórica y cronológica* en su célebre *Gaceta* no serían motivo de réplica por parte del segundo; sin embargo, la respuesta de León y Gama vino a aparecer en la segunda edición de su obra, en 1832.

El final de las actividades científicas patrocinadas por la corona, y especialmente las actividades arqueológicas que tanto amaba Carlos III, acaban de manera abrupta: la publicación de las *Antigüedades de Xochicalco* por parte de Alzate, en 1791, y la Expedición dirigida por Alejandro Malaspina, que iniciada en 1789 no termina hasta 1795, son, en la práctica, los últimos ejemplos de ese esfuerzo excepcional por incorporar a España y su imperio ultramarino a las modernas corrientes de la ciencia europea. En el terreno de la arqueología, sin embargo, quedará una última manifestación —única para el reinado de Carlos IV— la de Guillermo Dupaix, y sus tres expediciones por la Nueva España en 1805, 1806 y 1807.

En realidad, las expediciones dirigidas por Guillermo Dupaix por encargo del rey Carlos IV tienen características excepcionales si las comparamos con los trabajos arqueológicos a que hemos hecho referencia en las páginas anteriores —Alzate, Bernasconi, Calderón, Del Río, León y Gama— en el sentido de que en este caso, no se trata del estudio y descripción de un solo sitio arqueológico, sino de una serie muy crecida de ellos en una serie de viajes de larga duración.

Así como en aquellos se trataba de Xochicalco, Palenque o las dos piedras de México, en estos viajes hallaremos descripciones de lugares tan importantes como: Cholula, Xochicalco, Monte Albán, Mitla, Zaachila, Palenque, etcétera. Esto es así de tal manera que si por una parte los viajes de Dupaix pueden ser considerados como la culminación de una actitud de curiosidad arqueológica, en las postrimerías del siglo XVIII, Dupaix es, por otra parte, el primero de una larga serie de lo que hemos llamado en otro lugar la etapa de los "arqueólogos viajeros" y de entre los cuales, para no citar más que los más destacados, serán buenos ejemplos, Lloyd Stephens, Waldeck, Wiener, Charnay, etcétera. Sus informes o descripciones serán un relato de viaje más que una obra estrictamente científica; la anécdota graciosa o emocio-

nante se intercalará entre las minuciosas reseñas de ruinas y monumentos; la descripción del medio ambiente irá junto a las especulaciones de carácter teórico más o menos atinadas, más o menos arbitrarias o disparatadas. Todo eso lo encontramos ya en Guillermo Dupaix, pero el propio viajero, en la elaboración de su informe final, se dio cuenta de los peligros de ese tipo de narraciones, y si bien no pudo escapar enteramente a los mandatos de su época, si podemos observar, y ello es un tanto positivo a favor de nuestro viajero, un deseo de depuración de su propia obra en el sentido de despojarla, en su mayor parte, de todo lo literario, anecdótico y accesorio, en pro de una redacción cada vez más simple, más rigurosa, más exacta, más científica.

En los tres viajes o expediciones, como sucedería luego, de manera habitual, el arqueólogo que era Guillermo Dupaix iba a ser acompañado por un experto dibujante, José Luciano Castañeda, egresado de la Real Academia de San Carlos y profesor de dibujo y arquitectura. Si tenemos en cuenta los dibujos que han llegado a nuestras manos, a través del manuscrito que descubrimos hace unos años en Sevilla, y los comparamos con los que fueron realizados por artistas europeos para las ediciones de París y Londres, observaremos que su dibujo es torpe y está lleno de defectos de perspectiva, siendo "inexacto a fuerza del respeto por la exactitud" (Farcy, 1844: p. XIII), pero que no intenta en ningún momento inventar, ni siquiera en lo accesorio, lo que podría haber proporcionado más belleza a los dibujos que presenta, como luego harían los dibujantes europeos: Delaporte, Robillard, Vitasse, Farcy, etcétera. Alejandro de Humboldt, en carta fechada en París el 28 de julio de 1826 y dirigida a M. Latour-Allard, confirma con su autoridad esta opinión al decir que:

Es la obra más completa que se ha hecho en este género... Será digno de la munificencia de un monarca hacer depositar en una biblioteca los dibujos de la expedición de Dupaix, de los que yo he conocido su escrupulosa exactitud. La ingenua simplicidad de los dibujos incluso atestigua la verdad del testimonio (Farcy, 1844: p. xv).

La realización de estas expediciones arqueológicas debió constituir para el profesor de dibujo y arquitectura que era Castañeda, un verdadero acontecimiento. Así se deduce del hecho de

que su casa estaba profusamente adornada con los dibujos realizados durante los viajes con Dupaix. En síntesis podemos decir, siguiendo a Farcy, que “el cielo parecía haberlo producido expresamente para el jefe elegido para la expedición. Su probidad de artista era, por lo menos igual a la probidad de escritura. . . de Dupaix”, (Farcy, 1844: p. xiii).

El informe de Guillermo Dupaix, de cuyos manuscritos me he ocupado en otro lugar (Dupaix, 1969: introducción) ha sido publicado, junto con los dibujos de Castañeda, cuatro veces. La primera edición fue realizada por Lord Kingsborough, quien la incluyó en su obra monumental: *Antiquities of Mexico* (Dupaix, 1831). La segunda edición fue la preparada por H. Baradère y publicada en París (Dupaix, 1844). Los dibujos de Luciano Castañeda en ambas ediciones fueron reelaborados por los artistas europeos que hemos mencionado más arriba. La tercera edición, preparada por nosotros sobre la base del manuscrito y los dibujos originales de Castañeda conservados en el Laboratorio de Arte de la Universidad de Sevilla, se publicó en Madrid dentro de la Colección Chimalistac de José Porrúa Turanzas (Dupaix, 1969). Finalmente, la edición mexicana, presentada por José Ignacio Echegaray, con introducción de Roberto Villaseñor y prefacio de Miguel León-Portilla, viene a reproducir un ejemplar coloreado de la edición francesa (Dupaix, 1978).

Siendo importante la obra de Guillermo Dupaix desde el punto de vista de los contenidos, y de los conceptos básicos que maneja, lo es más desde la perspectiva de la organización de la expedición, lo que representa un esfuerzo poco común para la época y sólo comparable en cierto modo con las expediciones marítimas de carácter botánico o de investigación en el campo de las Ciencias Naturales.

\*

En el momento de terminar esta disertación y tratando de sintetizar y resumir las ideas principales de la misma, yo diría, en primer lugar, que lo que considero como hilo conductor en esta etapa germinal de la arqueología mexicana es en realidad el empeño de un monarca tan excepcional como lo fue Carlos III, quien con un amor tan especial por las bellas artes y, en particular tras su experiencia napolitana, por las excavaciones arqueológicas, traslada su entusiasmo al teatro americano y en particular

al novohispano, de manera que a partir de él y de ese su particular modo de interesarse por el pasado, fomentaría las excavaciones mismas, la recopilación de piezas arqueológicas y etnográficas para su Gabinete, y el de los papeles históricos, documentos antiguos y códices para elaborar esa magna *Historia del Nuevo Mundo* que encomendara a Muñoz. El interés del monarca por la realidad americana no se limitaba a la arqueología, sino principalmente a la Historia Natural de la que las "antigüedades" vendrían a ser, en realidad, un apéndice nuevo e importante. Por eso, las expediciones científicas por muchas regiones de América incluyen la recolección de materiales para el Gabinete y la última de ellas, ya en el reinado de Carlos IV, la de Guillermo Dupaix, puede decirse es la última expedición científica del XVIII y la primera arqueológica del XIX.

Sin embargo, el interés de Carlos III no hubiera resultado tan fecundo si no hubiera sido porque él, como el primer soberano ilustrado de su tiempo, iba a desarrollar un plan de acción que se incardinaba de manera perfecta en el horizonte ideológico de la segunda mitad del siglo XVIII, por eso los "ilustrados" de su tiempo, mestizos, criollos o españoles, amparados por el entusiasmo regio, pudieron llevar adelante sus ideales de progreso y modernización en el campo de las Ciencias Naturales, incluyendo en ellas a la naciente Arqueología.

El desarrollo de estas ideas en el terreno concreto de lo que llamamos Arqueología, va a representar un avance sustancial en la historia del "Anticuarismo", un paso que consideramos decisivo en la consolidación de lo que podríamos llamar el cientificismo en esta especialidad del saber; las excavaciones sistemáticas, la profesionalidad del oficio de arqueólogos, la museística —recordemos la fundación del primer museo de sitio en Portici y su Gabinete de "Antigüedades" en Madrid— y las expediciones arqueológicas de las que las de Dupaix son, sin duda, las primeras.

Lo que no podían sospechar ni Carlos III ni los ilustrados y enciclopedistas que le rodeaban en su corte madrileña, es que el fomento de esta nueva "ciencia" iba a fortalecer un nacionalismo que ya se atisba con Carlos de Sigüenza y Góngora, pero que se desarrollaría, sobre todo, en la segunda mitad del siglo XVIII. La arqueología se convierte entonces en una herramienta para la búsqueda de la identidad nacional del pueblo mexicano y por lo tanto, en una importante palanca que afianzará e impulsará el naciente espíritu independentista.